

aire de penumbra, de "niebla", con las realidades del deseo y la búsqueda del ser (en el primer cuento del libro: "Desde la niebla") o la preservación de la condición humana frente a la realidad que amenaza con disolverla ("La prima Julia", "Del otro lado del jardín"), o el enfrentamiento entre lo real y lo imaginario en la fantasía de los niños, frente a lo "verdadero" de sus padres ("Viniendo de la sombra", "Un regalo para la zarina").

La nota más intensa —y aún dramática, de una dramaticidad apacible— se logra cuando la autora enfrenta situaciones de soledad, abandono, ausencias irremediables, desamparo, miedo, terror ante la violencia, el pecado, la muerte y crueles amenazas de la vida. En contraste, lo normal —aquello que es así y no puede ser de otro modo —matiza con tonos de goce, comprensión y hasta de felicidad, la duda o la certeza de vivir. "La huida", por ejemplo, es la historia de una liberación, en donde lo que pudo ser dramático y fatal, se resuelve en la voluntad de ser, como una razón inalienable de la justicia social.

Estos cuentos de María Esther Vázquez no dejan lugar a la duda, la incertidumbre, la quiebra de lo humano, y, sin proponérselo la autora —ajena, si lo hay, a cualquier proposición didáctica— se nos convierten en modos de convicción de lo que el arte puede dar de la vida y de lo que la vida puede ser por medio del arte.

University of Pittsburgh

ALFREDO A. ROGGIANO

HORACIO ARMANI: *En la sangre del día*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1988.

Si no cuento mal, desde 1948 hasta 1988 —cuarenta años de frecuentación con lo poético, como diría Pfeifer— Horacio Armani ha publicado una decena de libros poéticos, incluyendo una rigurosa *Antología esencial de la poesía argentina*, y sin contar sus traducciones del italiano y del francés, que le merecieron honrosas distinciones. En *El gusto de la vida* (Emecé, 1974) dio una primera selección de su obra publicada, selección que cuida de mantener un tono constante de su hacer lírico, en "procura" [de], dar una idea unitaria de mi afición poética", dice en "Nota del autor" (p. 7). En la misma nota completa, después de justificar las composiciones que no incluye por pertenecer a "una edad más lírica e inocente": "El título procura cobijar ciertas obsesiones mías: un sentido existencial del vivir (quizá demasiado pesimista), la duda de Dios, la indagación de lo argentino, la búsqueda de la salvación por el amor o la belleza". Como se ve, una temática por demás amplia, poco menos que inabarcable, que podríamos canalizar en dos líneas fundamentales de resolver sus relaciones con

la realidad: a) la que se define como una búsqueda del ser individual, en su realización (salvación, dice el poeta) por el amor, la belleza, Dios o la muerte; b) la que quiere ser con el mundo, físico y espiritual, que advierte como país de origen y residencia, dado como hombre y poeta a los valores esenciales de la nacionalidad, su Patria, como geografía, historia y tradiciones: espacio y tiempo del ser en el mundo, como diría Heidegger.

Armani, si no pertenece a la Generación del 40, nace de ella, de la que prolonga un lirismo existencial ontológico, de poesía como forma de conocimiento. En "Tierra herida", poema seleccionado de *Para vivir, para morir* (1969), ahora en p. 30 de *El gusto de la vida*, podemos hallar una culminación de su temática esencial; la integración de la soledad más desgarrada y una necesidad de salvación por la solidaridad humana en un mundo concreto, donde

Quizá no hay nadie que nos ame ahora,
ni Dios, ni el ser de Dios más olvidado.
Ay, mi patria está herida y sangra, sangra..
Ya nadie puede defenderla ahora.

Quien conozca la realidad política, social y económica de la Argentina de los últimos cuarenta años, puede dar fe de la trágica verdad de este poema. En "Esta tierra, este cielo", tomado de *La vida de siempre*, (1958), ahora en p. 19 de *El gusto de la vida*, corrobora:

vivo en una ciudad en donde todos
se ignoran: la vida aquí es una pura fórmula,
una abstracción
que hasta los desgraciados omiten;...
Yo padezco aquí la terrible soledad de saberme
argentino
Nadie ya siente nada. La belleza se ha muerto:
el pintor traza círculos, los poetas
acumulan palabras, el tendero
cobra por la pobreza que ha envasado en tarritos,
los militares hacen revoluciones regularmente,
los políticos hablan de libertad y acrecientan
sus bienes...
oh ciudad
oh tango con sollozo de impotencia y vaciedad
cruzando
como un latigazo el corazón.

¿El ser para la Nada?. No olvidemos que Armani escribe en los momentos más trágicos y deprimentes de la historia argentina de este siglo. Estar en ella, salir de ella, qué hacer, es la situación de impotencia que experimentaron miles de argentinos como él (Véase la serie de poemas de la sección "Dios y otros

riesgos”, de *El gusto de la vida*, y se sentirá la necesidad de acompañar al poeta en su desolación y angustia, retenida en un lenguaje lacerado, de eficacia rotunda, insustituible:

Un pan es una triste historia hecha de oficios y renunciadas,
un óbolo que malversa nuestra esperanza y va pudriéndola
(De *Los días usurpados* (1964), ahora en p. 57
de *El gusto de la vida*).

De *Los días usurpados* es también “El alba nueva”, donde la esperanza se mide por la ilusión y el engaño:

Pretectos para justificar
la evolución y la desgracia,
para creer que alguien prepara
la vehemencia de un alba nueva.
(En p. 73 de *El gusto de la vida*)

Este es el tono, ésas son las constantes de los poemas que Armani escribe desde los años en que Perón desbarata la totalidad de la nación argentina, su economía, su cultura, con la subversión de valores más atroz que haya experimentado la brillante Argentina de Sarmiento, Sáenz Peña, Lugones y Borges. Armani ha escrito una poesía epónima, honesta y sinceramente como nadie en la Argentina de este siglo, contraste que se desgarrar ante la exaltación patriótica de las *Odas seculares*, de Lugones, o el *Poema de las mieses*, de Carlos Ortiz, de aquellos tiempos de *La patria grande*.

En *La sangre del día* (1988) Armani mantiene su actitud de crítica e indagación al presente, las “materias sombrías” que le obsesionan e instalan la duda en el camino que busca el instante seguro, “lenta y vaga esperanza/ de seguir en la tierra” (p. 9). Pero sus preguntas, presupuestos y cuestionamientos se expanden hacia las zonas más propias del amor, la poesía y Dios: véase “El Dios de la alegría” (p. 21), “La luz de lo esperado” (p. 25), “El sueño de la poesía” (p. 37) y la sección denominada “Experiencias” (pp. 49-79), donde cavila acerca de la “Certeza de Dios” (p. 49), “Del goce del presente” (p. 51), “De la vida (p. 53), “De la vocación realizada” (p. 57), “Del destino humano” (p. 59), de la felicidad, de los sueños, de la esperanza, del tiempo, del amor, del deseo, de la poesía ... Al par que la experiencia se enriquece y diluye sus aristas de pesimismo en un lenguaje cada vez más de poesía como suceso que revierte a la interioridad del hombre, el poeta se afirma como entidad a la vez humana y poética. No obstante, Armani no funda su visión poética en el *suceso puro* que querían Brémond y Paul Valéry: la poesía viene de un ser concreto y va a lo vital, tanto individual como universal. Asimismo, Armani se cuida muy bien de entregar la poesía al uso interesado de las consignas ideológicas. Estas se dan por añadidura, si es

necesario. La poesía no se agota en sí misma porque la promueve el hombre, un hombre de carne y hueso que siente, vive, sufre, especula sobre el pasado, el presente y el futuro, sin otro designio o poder que el de expresarse con plenitud y sinceridad. Porque "ser sincero es ser potente", decía Martí. Y Armani es de esa estirpe de poetas, una de las voces más auténticas de la variada y compleja poética producida en la Argentina de las últimas décadas.

University of Pittsburgh

ALFREDO A. ROGGIANO

BERNARDO SUBERCASEAUX S.: *Fin de siglo. La época de Balmaceda*. Santiago de Chile: Aconcagua/CENECA, 1988.

Bernardo Subercaseaux nos dice que este volumen acerca del desarrollo de las formas de la conciencia chilena es una continuación de su *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, de 1981, libro aquél que "abarcaba desde la independencia hasta la década del 80" (p. 11). En *Fin de siglo. La época de Balmaceda*, el marco cronológico recorta un lapso más breve, los catorce años que van desde 1886 a 1900, y en esta oportunidad, según explica el ensayista, "una etapa de recomposiciones sociales, en que ya se perfilan con nitidez los principales actores y conflictos del nuevo siglo" (Ib). Aunque yo no sé si dándole a este factor todo el peso que tiene, Subercaseaux no ignora que fue allí, en esos años, cuando en Chile y en América Latina en general (con los matices que son previsibles según las formaciones sociales del caso), el modo de producción capitalista se convirtió en dominante. Tampoco ignora que el capitalismo impuso su dominio entre nosotros sólo a medias y merced a la integración desmedrada de nuestras economías dentro del sistema capitalista mundial, y que de ese doble matiz que el proceso adoptó en el subcontinente dependen consecuencias de variado plumaje. Con todo, en vez de insistir en tales asuntos, y de insistir en ellos en abstracto, como se hace a menudo, Subercaseaux prefiere abrir las compuertas de su relato de nuestra "modernización" finisecular desplegando el mapa de la totalidad social chilena no solamente como un historiador económico o político, ni como un historiador de la cultura, sino como todo eso y más: con la sospecha de que la *episteme* contemporánea descrea de los viejos especialismos y sobre todo de la arrogación por parte de tal o cual disciplina de la verdad entera (o, como quiera que sea, de la parte del león de la verdad) con respecto a lo ocurrido en un momento cualquiera del devenir histórico de un pueblo. Frente a ese tipo de recuento del pasado, Subercaseaux levanta en su libro una perspectiva *pluralista* tanto en el sentido disciplinario como en el ideológico. Variedad técnica y eclecticismo